

Plinio Mendoza,  
*El olor a la guayaba.*

Entrevista con Gabriel García Márquez [1982]

-Detestas la fantasía. ¿Por qué?

-Porque creo que la imaginación no es sino un instrumento de elaboración de la realidad. Pero la fuente de creación al fin y al cabo es siempre la realidad. Y la fantasía, o sea la invención pura y simple, a lo Walt Disney, sin ningún asidero en la realidad, es lo más detestable que pueda haber.

Has dicho que toda buena novela es una transposición poética de la realidad. ¿Podrías explicar este concepto?

-Sí, creo que una novela es una representación cifrada de la realidad, una especie de adivinanza del mundo. La realidad que se maneja en una novela es diferente a la realidad de la vida, aunque se apoye en ella. Como ocurre con los sueños.

-El tratamiento de la realidad en tus libros, especialmente en *Cien años de soledad* y en *El otoño del patriarca*, ha recibido un nombre, el de realismo mágico. Tengo la impresión de que tus lectores europeos suelen advertir la magia de las cosas que tú cuentas, pero no ven la realidad que las inspira...

-Seguramente porque su racionalismo les impide ver que la realidad no termina en el precio de los tomates o de los huevos. La vida cotidiana en América Latina nos demuestra que la realidad está llena de cosas extraordinarias.

-Entonces, ¿todo lo que pones en tus libros tiene una base real?

-No hay en mis novelas una línea que no esté basada en la realidad.

-¿Estás seguro? En *Cien años de soledad* ocurren cosas bastante extraordinarias. *Remedios la Bella* sube al cielo. Mariposas, amarillas revolotean en torno a *Mauricio Babilonia*...

-Todo ello tiene una base real.

-Por ejemplo...

-Por ejemplo, *Mauricio Babilonia*. A mi casa de Aracataca, cuando yo tenía unos cinco años de edad, vino un día un electricista para cambiar el contador. Lo recuerdo como si fuera ayer porque me fascinó la correa con que se amarraba a los postes para no caerse. Volvió varias veces. Una de ellas, encontré a mi abuela tratando de espantar una mariposa con un trapo y diciendo: «Siempre que este hombre viene a casa se mete esa mariposa amarilla.» Ese fue el embrión de *Mauricio Babilonia*.

-¿Y *Remedios la Bella*? ¿Cómo se te ocurrió enviarla al cielo?

-Inicialmente había previsto que desapareciera cuando estaba bordando en el corredor de la casa con *Rebeca* y *Amaranta*. Pero este recurso, casi cinematográfico, no me parecía aceptable. Remedios se me iba a quedar de todas maneras por allí. Entonces se me ocurrió hacerla subir al cielo en cuerpo y alma. ¿El hecho real? Una señora cuya nieta se había fugado en la madrugada y que para ocultar esta fuga decidió correr la voz de que su nieta se había ido al cielo.

-Has contado en alguna parte que no fue fácil hacerla volar.

-No, no subía. Yo estaba desesperado porque no había manera de hacerla subir. Un día, pensando en este problema, salí al patio de mi casa. Había mucho viento. Una negra muy grande y muy bella que venía a lavar la ropa estaba tratando de tender sábanas en una cuerda. No podía, el viento se las llevaba. Entonces tuve una iluminación. «Ya, está», pensé. *Remedios la Bella* necesitaba sábanas para subir al cielo. En este caso, las sábanas eran el elemento aportado por la realidad. Cuando volví a la máquina de escribir, *Remedios la Bella* subió, subió y subió sin dificultad. Y no hubo Dios que la parara.